

Horgan, J. (2006). *Psicología del terrorismo. Cómo y por qué alguien se convierte en terrorista*. Barcelona: Gedisa, pp. 271.

El ataque a las Torres Gemelas de New York el 11 de septiembre de 2001, se constituyó para el mundo en un parteaguas de lo que se entiende por terrorismo en la comunidad de las naciones; y lo fue por los más de 3000 muertos de la artera acción, como también, por la manera desdeñosa de todas las leyes divinas y humanas con que fue perpetrado. Después del 11-S vinieron otros ataques alevés, como los 69 muertos de Estambul (2003), los 210 en la Isla de Bali (Indonesia), los 202 de Madrid (2004), para ilustrar sólo con unos cuantos episodios los vientos fúnebres que se avecinan. Frente a esta nueva manera de actuar de grupos que alegan para sí motivaciones políticas, han venido proliferando nuevas retóricas justificatorias que han movido a las comunidades académicas del mundo a salir a defender los avances logrados en el ámbito del derecho y las ciencias humanas, y a plantearse preguntas para dar respuestas que desvelen los artilugios semánticos propios de las explicaciones ideologizadas.

John Horgan, profesor de Psicología Aplicada de la Universidad de Cork (Irlanda), como otros que le antecedieron, acepta el reto que le plantean los nuevos tiempos y trata de esbozar una psicología del terrorismo, complementada por la editorial a través de las preguntas del subtítulo: cómo y por qué alguien se convierte en terrorista. Tamaños retos, considerando que ningún investigador del tema en el mundo tiene hoy la distancia ni el sosiego frente a lo que se quiere analizar, ya que todos vivimos en el vórtice que genera la zozobra cotidiana de cuándo y en dónde se escenificará el próximo atentado terrorista.

Horgan arranca con un intento fallido de explicación de lo que es el terrorismo, tomando como herramientas para tal fin las que su formación de psicólogo le pone en las manos, olvidando que al querer definir el terrorismo, se traslada al solar de la politología y las ciencias jurídicas. Si bien es cierto que la psicología puede hacer

aportes a la definición en cuestión, siempre serán complementarios y nunca definitivos. Definir qué es el terrorismo hoy es un problema de poder en el sentido escueto de la palabra, primero hay que guarecer las miles de víctimas potenciales de los atentados y, más luego, vendrán los tiempos de la retórica discursiva propia de la academia. La definición que se impondrá será el resultado de un pulso entre quienes quieren entronizar una violencia desenfrenada y obscena, revestida de un discurso legítimante como método de acción política; y aquellos que están dispuestos a debatir cualquier discurso, sin importar su carácter, siempre y cuando la acción política consecuente no traspase los límites razonables que impone el derecho de gentes y los derechos humanos.

En el esfuerzo por encontrar una definición plausible y honesta, Horgan se pasea por innumerables trabajos y autores salidos de una revisión bibliográfica amplia y diversa. Con ésta, si bien no dirime qué es el terrorismo, sí logra sembrar inquietudes al lector y le ofrece con generosidad una frase rectora de Wittgenstein que podría desatar el nudo gordiano de la definición que le preocupa: "Que el uso de una palabra te enseñe su significado".

La preocupación para comprender a los terroristas pasa necesariamente por la respuesta a la pregunta de cuál será el lugar en que se ubicará el observador para mirarlos. El autor desecha la mirada clínica y el encasillamiento de los mismos en categorías tales como psicópatas o trastornos narcisísticos; para él es claro que los terroristas son "normales", y que para trasladarlos al terreno de una taxonomía patológica, habría que utilizar escalas psicométricas que permitan la ubicación de una manera objetiva en alguna entidad nosológica. A pesar de que cita varios trabajos de análisis de los terroristas desde modelos clínicos y psicoanalíticos, deja ver que sus fortalezas conceptuales en estos campos son poco fiables; en especial cuando rebate y teje un manto de dudas sobre la validez de los trabajos de M. Crenshaw (1994), R. Pearlstein (1991), y otros ubicados en la psicología dinámica. El autor confunde los florilegios retóricos del discurso

político esgrimidos por los terroristas, así como la fría racionalidad con que planea y ejecuta el acto barbárico, con la estructura psicológica subyacente – el autor no acepta su existencia inconsciente – que compele a realizarlo como si tuviera una patente de corso para violar derechos en razón de las causas propias. Confunde que en los trabajos mencionados no son las aspas del molino lo que importa sino el viento que las mueve, para utilizar las palabras sentenciosas de don Quijote de la Mancha.

Pero eso sí, en los tres capítulos finales el autor revela en el texto sus fortalezas conceptuales y sus curtidas virtudes académicas en el campo de la psicología. Llegar a ser un terrorista es concebido como un proceso de pequeños pasos, realizados con rigor litúrgico, que van comprometiendo orgánicamente a los candidatos-aprendices con la agrupación. Pasos que van instalando en ellos ese vicio clerical de querer tener razón –como decía Max Weber– hasta alcanzar el convencimiento de que sus acciones brutales son defensivas y legítimas, pasando por la puesta en juego de su propio prestigio y nombradía en los retos crecientes y temerarios que plantea la organización, hasta llegar a un punto de no retorno que hace imposible devolverse so pena de sufrir los severos castigos propios de las organizaciones terroristas.

Habiendo alcanzado el compromiso de la militancia, el texto describe con argumentos convincentes y ejemplos patéticos, cómo se opera de una manera terrorista. Describe una suerte de manual de procedimientos empresarial, en el cual están consignadas las responsabilidades individuales de cada participante en un atentado, los tiempos de planeación y de ejecución, las características deseables del producto final, así como las alternativas a ejecutar frente a los imprevistos y respuestas defensivas de las autoridades y de quienes son objeto de las acciones violentas. Las zozobras inevitables de la clandestinidad, la rutinización y la desindividualización de la militancia terrorista, acaban por trastornar la psique del militante. La compasión por los que sufren que un día lo movilizó a la adhesión al

grupo, y el amor por la causa que aprendió a racionalizar y justificar en términos castrenses, en últimas, lo llevarán a “concentrarse en los detalles de lo que hace y no en el significado”. Terminará siendo una máquina de muerte y desolación.

Sustituido el ideal honroso de la guerra por la mecánica de la acción terrorista, surgirá necesariamente en algunos el cuestionamiento sobre la pertinencia de continuar en la lucha; cuestionamiento que, como en el ingreso, se va dando por pequeños y cautelosos pasos en los cuales se construye una salida y el abandono del terrorismo. El atribulado militante tendrá varios caminos a seguir; lanzarse a las garras de la muerte en una acción temeraria o suicidio encubierto –“valor bastardo” lo llamó Shakespeare–, desertar con los riesgos mortales que implica hacerlo, o solicitar una suerte de dispensa temporal o total del lugar que se ocupa en la organización, lo cual no implica un abandono del terrorismo sino soportarlo desde un lugar diferente.

El texto del profesor Horgan ofrece una aproximación coherente a un fenómeno actual, su rigorismo metodológico, su acuciosidad puntillosa en el análisis, se pueden interpretar como el esmero necesario frente a un tema que está sufriendo una transformación esencial y con el cual no hay distancia temporal para una lectura reposada y serena. Los métodos terroristas, cada vez más brutales - que recuerdan la larga y tormentosa noche de los fascismos -, con una capacidad de afectar un radio cada vez mayor de víctimas civiles inocentes, con justificaciones trasnochadas o que niegan los avances humanitarios logrados a brazo partido en el siglo XX, obligan a las disciplinas que les concierne el tema a realizar su pequeño o gran aporte para preservar lo que se ha construido a pesar de los defectos que pueda acusar.

*Emilio Meluk*  
*Universidad Nacional de Colombia*